Aura María Vidales (1958)

[Buscamos nuestra]

Buscamos nuestra
media naranja
entre las frutas
y los jugos
del mundo

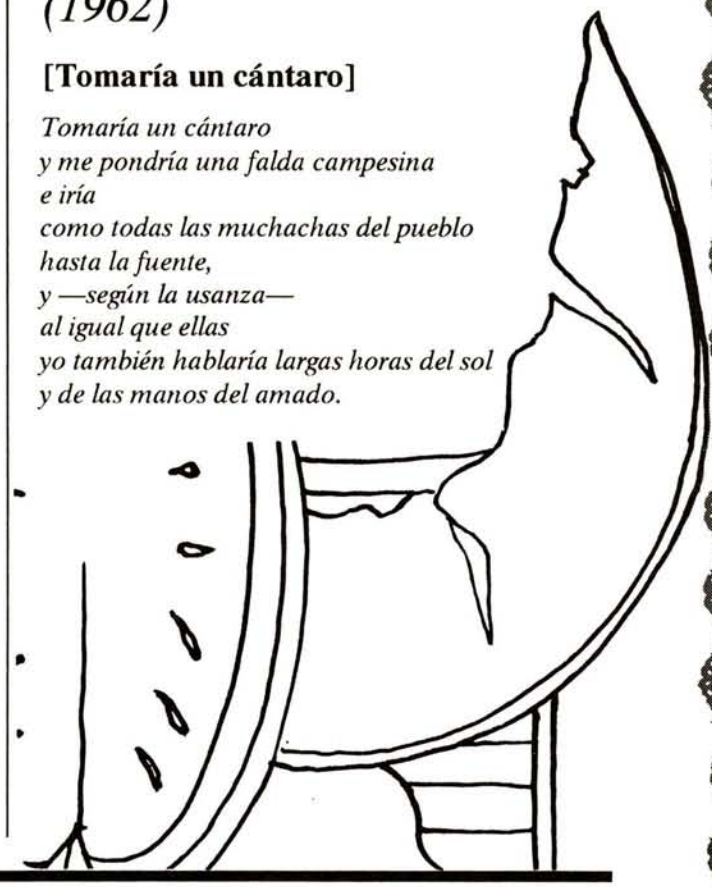
Pero todo será
tan sencillo
como el canto
que aprendimos
de niños

Con nuestra
otra mitad
haremos
una naranja
dulce
o un limón
partido

Julieta Arteaga (1962)

[Tomaría un cántaro]

Tomaría un cántaro
y me pondría una falda campesina
e iría
como todas las muchachas del pueblo
hasta la fuente,
y —según la usanza—
al igual que ellas
yo también hablaría largas horas del sol
y de las manos del amado.



Poetas colimenses contemporáneas

Griselda Álvarez (1918)

Hormigas

Las he visto vivir. Olor sonoro
frente a mi boca la mañana enciende;
un extraño desfile que se extiende
le da mudas consignas a mi azoro.

El laberinto subterráneo exploro
en donde pan y amor la grey defiende,
pueblo sin voz que organizado atiende
de cereales y flores su tesoro.

Las he visto vivir. Llevan encima
una inquietud igual a la del hombre,
un signo en las espaldas y en el clima

del esfuerzo al llegar, sin que me asombre,
las he visto morir, casi en la cima,
aplastadas igual, también, sin nombre.

Gabriela Vázquez Schiaffino (Vera Vázquez) (1921)

Nazareno

Qué estéril fue tu sangre, Nazareno,
y tu Cruz y tu Sed... ¡todo fue en vano...!
Sigue habiendo un Caín en cada hermano
y en cada "dulce lágrima" un veneno.

Hoy como ayer, se crucifica al bueno
y triunfa junto al cóndor... el gusano
hoy como ayer el corazón humano
vierte pérfida vanidad y cieno.

Y entre todos, yo misma me condeno
y busco en vano el germinar de tu semilla
yo tampoco sé poner la otra mejilla,
yo también te traiciono, Nazareno.

Guillermina Cuevas (1950)

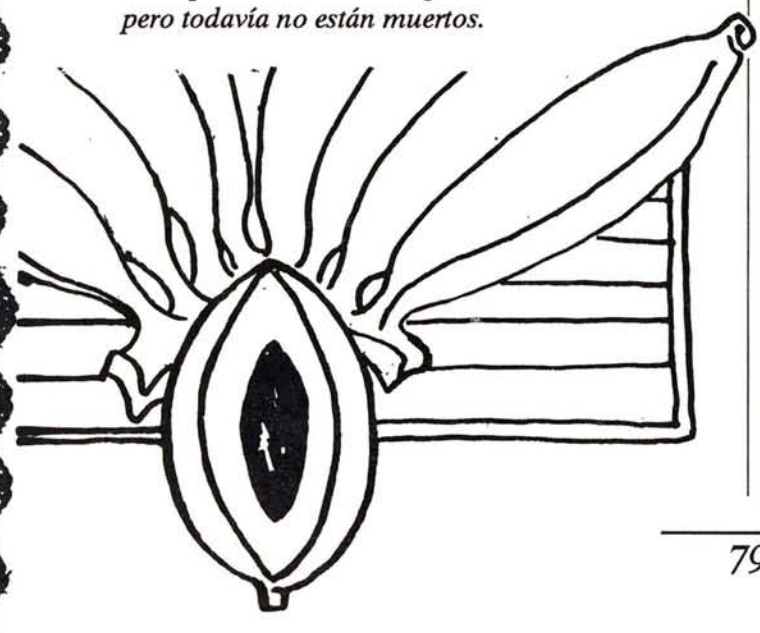
Clave 3213 clordiazepoxido

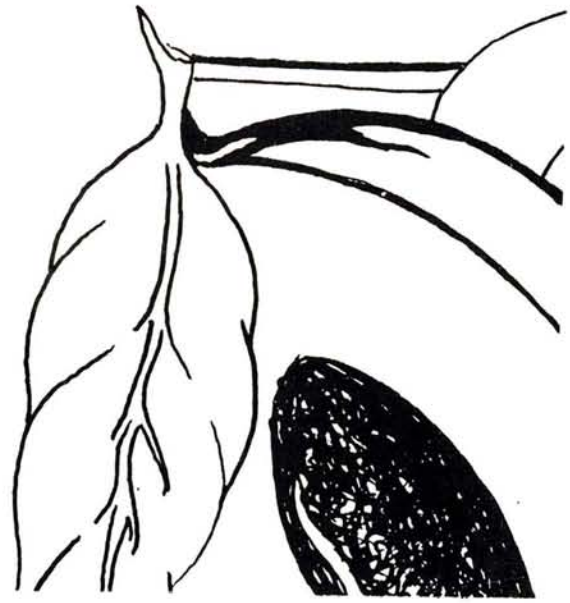
Diez miligramos y nada,
no se aleja,
no se alivia esta opresión,
la estúpida tristeza
de sentirnos solos, fracasados.
Escribo de madrugada,
cuando las sombras respiran
el sueño de los otros
y uno piensa en morir,
y las palabras acuden fáciles,
burlonas, casi avergonzadas.

Cuánta rabia desviven estas líneas,
qué absurda la insomne melancolía,
el dolor que uno mismo
se procura a media noche.
Yo sólo quiero dormir,
dormir sin acordarme,
sin pensar en los que viven dichosos.

Yo no entiendo,
busco una vida calmada
y en Colima, mi pueblo,
los enredos florecen, invaden
la amistad, la pertenencia,
las capillas, las tribus y las hordas.
Justamente ahora me pregunto:
¿debo, para sobrevivir, dejar
a los amigos, despreciarme,
abandonar el café,
cobrar un sueldo
que me permita soportar esta pobreza?

Yo no entiendo, yo no puedo
arrojar puños de tierra
a los que han caído de la gracia
pero todavía no están muertos.





Leticia Vallejo (1962)

Poemas de marzo y otros sueños

Amanece,
Una capa de niebla cubre nuestro rostro,
transcurre el tiempo, ninguna estrella
suspendida, dónde están las cosas del día?
Preguntas mientras te roba la atención
una ventana, el cielo, mi rostro, una
incansable fila de esquilines.

La besucona trepada en el armario
contrasta cristalina
con sus pequeños ojos, puntos negros,
y sus gritos de amor.

Dormitamos,
seguimos el curso de las horas
como si no pasara nada y todo pasa
—abril nos acompaña—, leemos entre líneas,
el viaje queda pueblo atrás.
La ciudad duerme
una ilusión de hollín.

La crónica se esconde
en nuestros cuerpos
que ensayan brevemente
cómo decir te amo.

Pienso en ti.
El insomnio me lleva
al brillo de la noche,
lo que de mí persiste
cae sobre el tejado.

Gloria Vergara (1964)

Poemas berracos (para los de sensibilidad infinita)

I

Que la ola suba, como el verso, en la entrepierna;
que fragoroso aquél, santifique su desliz
en el orgasmo —místico— del caracol;
que reviente el vuelo luminoso del berraco
en cada espasmo,
que la ampolla del placer desborde el roce de los
[dedos;
que las ondas del espacio en que se miran
los amantes
truenen como nubes que entrechocan;
que babeen la noche como almohada,
que sus gritos de compuerta inunden todo el llano,
que rediman el aroma del azufre,
que sus cuerpos —como ensamble de parota—
[sean
la superficie de las copas de champaña;
que se estiren como muertos en el hueco de aire
que rodea la sábana;
que sueñen los berracos
con el clítoris del cielo
y en él ansiosos busquen
labio
a
labio
la embestida más sutil
los de lengua acalambrada.

II

Berracos los ticuces que nos miran
Berracos sus graznidos pétreos en el árbol
Berraco el corazón deseoso
de estrellarse en la banqueta
Berraco el vuelo de los ojos
Berraco el suelo virgen
Berraca la erupción de las hormigas en la tierra
Berraco el rayo que fulmina
con su abrazo
las verdes
ramas
del
q
u
e
s
pera.



Verónica Zamora (1965)

Presencia invocada

Sabe de ti esta lámpara que duerme.
La presencia del fuego en la recámara.
¿De dónde viene esa pequeña flama
sino del sueño angosto que se acecha?
Cifras la exaltación de este momento
porque a través del viento miro
una mujer velando a la luna.
Se levanta para encender la vida a media noche
y sabe que hay un hombre disparando a su
[sombra
lejos de ahí
No le sirve de nada esta visión
y espera una señal para volver al sueño.
¿Qué le pide la noche?
Está furiosa y no puede romper ningún cristal.
Yo cuido de esa casa,
la protejo de algún doméstico demonio,
la cuido de sus manos,
de ese hombre que ahora no la abraza.
¿Qué busca de ella ahora la magnífica dama?
La noche está en sus manos
y no logra saber
qué hacer con ella.♦